

CRISTINA CEREZALES LAFORET

*Hacia  
el fin  
de la  
tierra*

*Encuentros en el Camino de Santiago*

booket

**Cristina Cerezales Laforet**

Hacia el fin de la tierra

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Cristina Cerezales Laforet, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © David Matthew Lyons / Arcangel Images

Primera edición en Colección Booket: mayo de 2021

Depósito legal: B. 5.508-2021

ISBN: 978-84-233-5955-4

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

## Despedida de Damiana

Un silencio espeso alfombra las calles blancas de Trabadelo; copos ligeros y suaves caen sobre laderas, tejados y eras, revoloteando en el aire, jugando, bailando. Encina sonríe. Su abuela ya no forma parte de esa comitiva prudente y torpe que avanza lentamente temiendo una caída, ha dejado de ser una anciana del pueblo, ahora forma parte de los copos danzarines. «Ya eres libre, Damiana, ya puedes bailar alegremente sin temor al padre, a los vecinos, a las reglas del decoro. Puedes bailar y bailas, sí, te estoy sintiendo, comparto tu felicidad, tu libertad. Hasta las plantas que recogías en el campo se han resguardado bajo el manto de nieve respetando tu alegría despreocupada. Hoy no reclaman tu atención, ya volverán a sonreírte en primavera, cuando las visitas en forma de luz vivificante.»

Entre tantas cabezas inclinadas destaca la de Encina, erguida y sonriendo al aire. Su padre se le acerca y posa una mano sobre su hombro.

—¿Qué piensas, Encina? —Y antes de que ella conteste, sigue hablando—: Quiero agradecerte el tiempo que le has dedicado a tu abuela. Interrumpiste tu camino, imagino que te habrá costado...

Encina coloca su mano sobre la del padre, Pedro, el hijo de Damiana, a quien ha visto llorar mientras introducían el féretro en un nicho.

—Gracias a ella, hoy yo no estoy triste, padre. Recogí sus confidencias en aquellos días que pasó en el hospital cuando pensaron que el único mal que tenía era esa infección de orina.

Pedro asiente con la cabeza, de forma distraída.

Encina continúa hablándole, sólo como forma de acompañamiento, sin la certeza de que sus palabras lo alcancen.

—Yo no sé si ella era consciente, pero ya entonces se estaba despidiendo de la vida. Por eso reclamó mi presencia cuando pocos días después se sintió de nuevo tan enferma. Quería seguir recogiendo sus recuerdos íntimos y sólo conmigo podía hacerlo.

El padre sigue avanzando con la mente en sus recuerdos. Lo alcanzan las palabras, pero no su contenido. La nieve se encarga de amortiguar el sonido, de ocultar el sentido y proteger lo secreto.

—Mañana subiré al Cebreiro —continúa Encina aprovechando el aturdimiento de Pedro.

—O Cebreiro nevado es una maravilla —afirma el padre con voz ensoñada.

—Y desde allí reanudaré el Camino o, mejor dicho, desde casa iniciaré un nuevo camino. El primero se lo dediqué a mi amiga Itziar, y el segundo se lo voy a dedicar a la abuela, se viene conmigo.

—¿Qué quieres decir? ¿Te vas mañana? Piensa que

tu abuelo está hecho polvo, ya ves que no ha podido ni asistir al entierro.

Encina reconoce la tentativa del padre para retenerla, pero está totalmente decidida a seguir adelante.

—El abuelo tiene que vivir su duelo y te tiene a ti, padre. Tú debes acompañarle, hablar con él. Esta tarde terminaré de preparar la mochila, salgo mañana.

Se acerca la madre al oír esas palabras, se ha soltado del brazo de una vecina con la que venía caminando justo detrás de ellos.

—Me estaba contando Rosana que Marina ya salió de peligro. Su casa está de paso en la ruta hacia O Cebreiro, podrías pasar a verla.

—¿Se recuperó completamente?

—No lo sé, por lo menos parece que hace vida más o menos normal. Ya pasaron muchos meses desde el accidente, que fue en mayo. Aquí nadie pensaba que superaría ese golpe. El pobre Pepe andaba como un alma en pena.

—Gracias, Rosana. Me acercaré, claro. No lo hice en su momento porque me dijeron que era mejor no molestarla, y después han ido pasando los meses sin sentir.

—Tienes razón, *filliña*, tú con tus trabajos te mueves mucho de un lado a otro. Y claro, ojos que no ven...

Se pregunta Encina cómo es posible que se olvidara de Marina. Es cierto que en los últimos tiempos se veían sólo una vez al año, pero eran visitas importantes, llenas de cariño y de recuerdos. Porque además de Marina, a quien tanto quiere, están Pepe, amigo de siempre, y Piño, un niño adorable que, al mismo tiempo, es su ahijado. Siente que el dolor y la insatisfacción de su vida la hayan conducido al egoísmo y el olvido. La

muerte de Itziar quizá colmó su copa de dolor y, a partir de ese momento, aisló el sentimiento para no sufrir más. Ahora la figura de Marina se le presenta con toda su intensidad, fuerte y alegre, tres o cuatro años más joven que ella, pero siempre dispuesta a ayudarla en los momentos difíciles con su vitalidad inagotable.

—Le vendrá bien una visita tuya. Según me han contado, anda un poco perdida.

Pasará sin falta a verlos, a conectar de nuevo con ellos y saber cómo han quedado después de ese tremendo accidente. Pepe también resultó herido, según le contaron, con rotura de costillas y otras contusiones menores pero dolorosas. Es cierto que ella quiso ayudarlos cuando le comunicaron el accidente, pero la hicieron desistir, como a todos los amigos que se ofrecían, por la gravedad de la paciente, que obligaba a un aislamiento absoluto, y por el derrumbe familiar provocado por la situación. Más tarde se enteró de que seguía muy grave, de que la mantuvieron en un coma inducido durante veintitantos días porque cualquier movimiento podía provocar una hemorragia fatal. Supo también que el despertar había resultado positivo, pero se mantuvo un tiempo alejada por prudencia. Después vinieron los desplazamientos, la muerte de Itziar, el Camino, y todo se diluyó en un malestar confuso donde no cabía más dolor.

Viven cerca de Ruitelán, un pueblo del Camino a unos nueve kilómetros de Trabadelo, en una casa que convirtieron en fonda.

Encina hace un esfuerzo por regresar al presente, caminando en la comitiva fúnebre que acompaña a su abuela. Oye el aullido lejano de perros, toses cercanas, el crujir de los pasos rompiendo la fina capa de hielo, y,

de tanto en tanto, un coche que circula lentamente por la carretera. «Nos escaparemos, abuela, nos iremos tú y yo por montes y llanos hacia el fin de la tierra. Sé que algunos ratos me dejarás sola para recorrer a tus anchas los confines de tu libertad, y para que yo aprenda a acercarme a los otros, sola y sin miedo.»



## 2

### Salida

Ha dejado de nevar. Encina se despierta muy temprano. Anoche se despidió del abuelo, tan hundido en la tristeza que apenas fue consciente de su marcha, y de sus padres y hermanos. No quiere volver a oír las recomendaciones, los avisos de peligro, las lamentaciones por la muerte de la abuela. Le gustaría que siguieran danzando los copos frente a ella, pero no desprecia la tregua. No desea que la nieve se convierta en obstáculo. Sale de la casa con sigilo. Se aleja de los aleros de los tejados cargados de carámbanos de hielo que empiezan a disolverse chorreando goterones de agua. De vez en cuando el viento sacude las ramas de los árboles, y una pequeña avalancha de nieve se derrama sobre su cabeza. Recorrerá los ocho o nueve kilómetros hasta Ruitelán, y tomará un desvío de kilómetro y medio hasta la casa de turismo rural que regentan Pepe y Marina en el campo, cerca de un arroyo. Anoche llamó a Pepe, que respondió con alegría al anuncio de su visita. Cuando le

preguntó si las diez de la mañana era una hora prudente para presentarse, él contestó que podía llegar antes si lo prefería, ya que últimamente, a pesar de estar la casa cerrada al público entre semana, madrugan los dos mucho. «¿Y eso?» «Es que a Marina le ha dado por pasear a la salida del sol para recoger el primer rocío de la mañana.» Encina no supo si preocuparse o celebrarlo, el tono de Pepe le había resultado impreciso. «¿Cómo está?» «Ya la verás, está muy cambiada, es como si hubiera vuelto a nacer, su vida en este momento tiene la pureza de un recién nacido. Te esperamos, prepararemos un buen desayuno para recibirte, peregrina. Marina se va a llevar un alegrón al verte, y no digamos tu ahijado Piño. ¡Aguarda un instante!, acaba de entrar Marina y quiere saludarte.» Un hilo de voz, quebradizo de tan delgado, la saluda por teléfono. No puede ser, ¿dónde está la voz vibrante de Marina, su energía, su vigor?

¡Qué orgullo sintió cuando le propusieron ser madrina del primer niño que nacía entre los amigos de su generación! Los cuatro compadres se abrazaron. Silverio fue el padrino. Se prometieron lealtad y decidieron acatar las antiguas normas del compadreo en la zona. Los compadres han de llamarse de usted, ayudarse en caso de necesidad y, por supuesto, estar siempre disponibles cuando el ahijado lo necesita. Han pasado ocho años y a Silverio sólo lo ha visto cinco o seis veces desde entonces. Vive en plan ermitaño en una herrería junto a la cascada, y en ella trabaja el hierro y la madera para construir muebles artesanos o pequeñas tallas en las que combina ambos materiales. Encina vivió varios años fuera, mientras Marina y Pepe se dedicaron en cuerpo y alma a su posada, o casa rural como lo llaman

ahora. Cada año ella ha regresado a su pueblo en vacaciones, y ha visitado a la pareja para tomar nota del crecimiento del ahijado y, de paso, participar en alguno de los grandes banquetes que organizaban al aire libre los meses de verano. Piño siempre le ha parecido un niño feliz, viviendo muy a su aire y con facilidad para relacionarse con las gentes y con la naturaleza circundante. A pesar de verla poco, Piño se encariñó mucho con su madrina porque lo rescataba, siempre que podía, de las broncas de su padre. Es un niño travieso, pero con buenos resultados en la escuela. Se pregunta Encina cuál será el nuevo orden establecido en la casa. Marina podía con todo y más. Era una excelente cocinera, puede que lo siga siendo, además de una amiga solidaria con toda la vecindad.

Disfruta pisando la nieve, escuchando el rumor de un arroyo mientras se aleja de los seres queridos y de los vecinos curiosos. Más que reanudar el camino, siente que inicia uno nuevo, esta vez desde su casa, como corresponde. Se alegra, sin embargo, de haber hecho un recorrido desde los Pirineos hasta O Cebreiro, porque en él ha conseguido liberarse de muchas trabas e incorporar nuevas herramientas para avanzar en la vida.

Casi sin darse cuenta ha llegado a Ruitelán e inicia la subida hacia la casa de su amiga. Le asusta un poco encontrarse con una Marina cambiada, renacida, como ha dicho Pepe y como ella ha constatado en el timbre de su voz. Espera que su inteligencia siga intacta, no quiere presuponer nada, le asusta mucho la idea de que su Marina haya perdido facultades.

El aire vivificante y fresco de la mañana la ha animado a acelerar el paso, pero no quiere llegar demasiado

pronto y se entretiene un poco jugando con la nieve que empieza a deshacerse y a desaparecer por zonas. Trata de rescatar imágenes de su infancia jugando con Marina. Entonces la nieve permanecía mucho más. A veces cerraban la escuela porque se helaban las cañerías de la calefacción y hacía demasiado frío. Los niños celebraban la fiesta. Todas las casas tenían el auxilio de la cocina de carbón y el fuego bajo de leña. Sobre la *lareira* cocían los pucheros de caldo, y alrededor de ella se reunía la familia. Los niños desayunaban en los escaños con mesa incorporada, y ahí mismo hacían las tareas escolares. Pero la nieve no los retenía en la casa, a menos que estuvieran enfermos. Nada más terminar el desayuno de leche caliente con castañas machacadas, salían a rebozarse en la nieve, armaban batallas de bolas y esculpían muñecos que duraban en pie incluso varias semanas. Eran otros tiempos. Ahora el clima ha cambiado, la nieve desaparece muy pronto, y la casa de sus padres tiene cocina de gas y radiadores eléctricos. Entre todas las imágenes que circulan por su recuerdo destaca la cara de Marina, roja de frío y de alegría, abrigada con una chaqueta gris de paño heredada de su tía, y las manos sin guantes amasando bolas de nieve. Son las diez menos cuarto. La casa aparece a poca distancia. Dos grandes mastines salen a recibirla. Pepe se asoma a la puerta y silba a los perros, que acuden a su lado. Se acerca a ella sujetándolos por el collar.

—No hacen nada, ya sabes, pura fachada.

—¿Y cuándo hemos tenido nosotros perros mordedores? —contesta Encina riendo.

—A las personas no atacan, pero mantienen a los lobos a raya.

Pepe suelta a los perros y abraza a su amiga mien-

tras los mastines lamen y mordisquean las botas de la recién llegada. Encina siente en el abrazo de Pepe una intensidad nueva en la que reconoce que ha sufrido y que sigue sufriendo. Marina aparece en el umbral de la puerta.

—¡Comadre!

La casa huele a pan recién horneado, a leche fresca de vaca. Encina se acerca y la besa en la mejilla.

—Perdona que no te abrace, Marina, pero es que no sé dónde está el dolor.

Marina sonrío y abre los brazos:

—¡Venga ese abrazo! Ya no hay dolor, comadre, ni de cuerpo ni de espíritu.

Le parece una afirmación importante y quiere reflexionar sobre ella, pero no puede hacerlo porque ya la conducen a la mesa preparada con ricos manjares: leche espumosa, pan recién salido del horno de leña, mantequilla casera, queso de cabra, lacón, cecina, frutos de invierno y algunas exquisiteces más.

—Después de este desayuno, va a ser duro salir a caminar en plena digestión —afirma Encina entre risas, aunque no lo siente; cree más bien que la energía del desayuno le dará fuerza para afrontar la subida nevada hacia el Cebreiro.

—Ya me gustaría a mí acompañarla, comadre —dice Marina, y le explica con su voz tan dulce y diferente que varias vecinas del pueblo han ofrecido una peregrinación al santo por su curación.

—¿Van a salir varias mujeres del pueblo en peregrinación al santo por tu curación?

—No, ellas lo han ofrecido por mí. La que ha de salir en peregrinación soy yo, comadre.

—¡Ah, caramba! Yo creía que esas decisiones las

tenía que tomar la propia persona, no que otras pudieran decidir por ella.

—Es que yo lo quiero hacer.

—¿Cuándo ha pensado usted hacerlo?

—Cuando Pepe me contó su llamada, comadre, pensé que era la ocasión y que, si usted me aceptaba, me uniría a su peregrinaje.

Encina se sobresalta. Olvida el usted reglamentario entre compadres.

—Pero Marina, tú ahora no estás en condiciones de emprender un camino así, ni yo de acompañarte. Me había propuesto hacer este Camino sola y en un tiempo prefijado. Llevo ya mucho retraso por la muerte de mi abuela, y contigo tendría que ir muy despacio, hacer etapas cortas, parar con frecuencia...

—De acuerdo, no se hable más. —La voz de Marina denota decepción—. Era una idea lanzada al aire.

—Eso es lo difícil de tu recuperación, Marina, que no eres consciente de los límites. —La voz de Pepe está cargada de tensión—. Crees que todo el monte es orégano, y eso no es así. El médico te dijo que te lo tomaras con calma, y tú, venga a inventar aventuras y proezas, como aquello de bañarte desnuda en el rocío de la mañana, que no sé cómo no cogiste una pulmonía, además de que cualquier día tendremos un disgusto, porque la gente de aquí no ve con buenos ojos esas excentricidades.

—Nadie me ve cuando lo hago.

—Eso piensas tú, pero ya sabes que aquí hasta los árboles tienen ojos. Ya andan corriendo rumores de que has perdido la cabeza.

A Marina no le afectan las palabras de su marido. Está en otra dimensión. Ella vive con naturalidad lo

que se le ocurre. De las palabras de Encina sólo se queda con que ella quiere hacer el camino sola. El hecho de que ella misma no esté en condiciones su mente no lo registra porque no se corresponde con su sentimiento.

En ese momento entra Piño en tromba y se lanza a abrazar a su madrina.

—¿Dónde te habías metido, bribón? Ya te estaba echando de menos.

Piño trae la nariz y las manos rojas de frío. A Encina se le presenta de nuevo la imagen de su amiga en la infancia.

—¡Igualitos! —dice mirando a ambos.

Marina sonrío.

—Igual de bichos los dos.

—Igual de entusiastas.

Encina observa la piel de Marina, tan suave ahora como la de un recién nacido. Tiene razón Pepe, así es como se le aparece en este momento su amiga, con esa expresión cándida que no le conocía. Y también le vuelve a la mente la frase que ella dijo sobre la ausencia de dolor. Marina no sufre, no ha sufrido el rechazo de ella, ni las amenazas de su marido sobre las consecuencias de su comportamiento. Está protegida, siente Encina. ¿Podrá mantenerse así?

Piño tira de ella.

—Anda, termina, que quiero enseñarte algo que estoy haciendo.

Pepe le da un pescozón en la nuca.

—Deja a la comadre, ¿no ves que está desayunando?

—Mira que eres bruto, Pepe, esos golpes hacen daño.

—No es nada —dice Piño frotándose el pescuezo—. Anda, corre.

—¿Has visto el caso que me hace? Es más testarudo que una mula, igual que su madre.

Encina decide tomárselo a broma. Marina sigue inmersa en su mundo feliz, como si un suave velo la rodeara filtrando las palabras inoportunas. Encina se pregunta cómo sería hacer el camino las dos juntas. Siente un instante de remordimiento por su falta de cooperación que en seguida se disipa frente a la impaciencia del niño.

En cuanto termina de desayunar y de recoger la mesa con Piño, salen los dos al frío.

—No tienes más que seguir las flechas amarillas —le indica el niño riendo.

Encina descubre unas flechas semihundidas en la nieve, de color ligeramente amarillo.

—Las dibujé para ti, para que sigas las flechas amarillas como en el Camino —dice el niño sonriendo con cara de pillo—. Mira, así. —Desabrocha el pantalón y orina en la nieve.

Encina suelta una carcajada.

—Anda, guarda eso que se te va a congelar.

De pronto, Encina se detiene en seco. A pocos metros de distancia distingue la escultura en hielo de un lobo, con la cabeza erguida como si aullara a la luna.

—¿Eso lo has hecho tú, Piño?

—Más o menos, me ha ayudado Silverio con las proporciones y eso.

—¿Ves a Silverio con frecuencia?

—Algo, me está enseñando a tallar. Él hace pequeñas tallas sencillas en madera para que yo las copie. Algunas se me ocurren a mí.

—¡Qué suerte tienes, Piño! Es un lujo contar con un maestro así.



—Bueno, es natural, es mi padrino.

—Pero yo soy tu madrina y no te he enseñado nada.

—Me has enseñado la «no violencia».

Encina lo mira con devoción.

—¿De veras que has aprendido eso de mí?

—Sí, y es muy importante. Yo a mis hijos no les pegaré como mi padre a mí. Él dice que ése es el único idioma que yo entiendo, y eso no es cierto. Es así con él porque es lo que me ha enseñado. Eso lo dijiste tú una vez, y yo lo aprendí.

Encina abraza al niño y le revuelve el pelo, que ya tiene en punta.

—Si te he enseñado eso —dice emocionada—, puedes considerar que tienes los mejores padrinos.

—Eso ya lo sé.

Se acercan al lobo y Piño le hace notar la calidad del pelo del animal.

—Ya está muy estropeado por el deshielo, pero era tal como el pelo de un lobo de verdad. Me lo enseñó a hacer Silverio peinando el hielo con un cepillo de púas.

—¡Qué pena que una obra tan bella vaya a desaparecer!

—Eso es lo más bonito. Dice Silverio que así es toda la vida. Las personas también desaparecen, todas. Es lo natural. *Eo tinha moito medo de ca minha nai morrerse.*

Lo ha dicho en un susurro, utilizando la lengua materna, como si no quisiera despertar a los demonios ocultos.

—Pero ahora ya no tienes miedo de que muera tu madre, ¿verdad?

—Eso pasó, no por la escultura del lobo, sino porque ya está salvada, lo han dicho los médicos. Pero antes

de saberlo, Silverio me dio a entender muchas cosas. Él dice que no se puede ir contra la vida a patadas, que, cuando nada se puede hacer, hay que aprender a aceptar. Eso también es no violencia, ¿verdad?

—Ya lo creo. Me gustaría ver a Silverio.

—No está. Marchó a Lugo a entregar unos muebles. Fíjate en la cola del lobo. Si no hiela esta noche, mañana ya habrá caído. Me dijo Silverio que la hiciera pegada al cuerpo para que eso no ocurriera, pero yo no quise. Me gustaba más así, no me importa que se caiga.

—Pero no está de más hacer caso al maestro, ¿no te parece?

—Silverio dice que tengo yo razón, que las cosas hay que hacerlas como se sienten, sin miedo a lo que pueda ocurrir. ¿Vienes a ver otra cosa que quiero enseñarte?

—¿Está muy lejos?

—Bastante.

—Entonces lo dejamos para más adelante, para cuando regrese de Finisterre. Te prometo que entonces sacaré tiempo para ti, quiero conocerte mejor, ya me he perdido demasiado. Pero esta vez he venido a ver a tu madre, y luego tengo que seguir mi camino.

Marina está entretenida contemplando los cristales de hielo que todavía perduran en las ventanas que dan al norte.

—Es un lenguaje precioso —manifiesta con entusiasmo—. No hay dos figuras iguales, y cada una trae un mensaje diferente.

¿Entenderá Marina el lenguaje de los cristales de hielo? Todo es posible. Encina vuelve a percibir en ella

una pureza y una capacidad superior. De pronto siente que quiere caminar con ella, pasar a su lado un día tras otro, ver a través de su mirada, sentir con ella, reír con ella. ¿Qué pasa si en vez de en veinte días hace lo que le resta de Camino en dos meses? ¿Qué prisa tiene? ¿Qué le espera a la vuelta?

—Marina, me encantaría que hicieras el Camino conmigo.

Marina se vuelve hacia ella con una mirada sonriente y feliz, sin asomo de sorpresa.

—¡Piño! —Abre la ventana y se asoma para llamar a su hijo que está fuera jugando con los perros—. Anda, saca tu mochila de lo alto del armario. Me voy con la comadre.

—¿Estás segura, *naí*?

—Completamente.

—Quiero ir con vosotras.

—Eso no puede ser, Piño. Tienes colegio, otra vez será.

Encina lo ha dicho con un tono tan firme que Piño no protesta y trae la mochila que le pide su madre. Encina vacía la suya encima del sofá y Marina toma nota de lo que lleva.

—Además, tienes que conseguir una credencial para poder dormir en los albergues. Creo que en el albergue de Villafranca te la pueden dar.

Marina sigue tomando nota, sonriente. Cuando acaba, Encina vuelve a guardar sus pertenencias en la mochila.

—Yo voy a salir ahora hacia el Cebreiro. Ha salido el sol y me apetece mucho caminar y prefiero que el tema lo discutáis entre Pepe y tú a solas. Tengo planes de partir del Cebreiro mañana a las ocho de la mañana.

Si todo va bien y puedes venir, te espero a esa hora en la puerta del albergue. Que te traiga Pepe en coche, claro. Si surge algún problema que yo pueda solucionar, me mandas un mensaje al móvil. En Villafranca hay de todo, tienes tiempo de aprovisionarte.

Encina se prepara un bocadillo y coge un par de frutas, prefiere comer por el camino, no demorar más su salida.